

*DOCUMENTOS*

Diez años después del Informe Brandt:

## **NUEVAS PERSPECTIVAS PARA EL DIÁLOGO NORTE-SUR**

Informe sobre la conferencia internacional  
del 16 y 17 de enero de 1990 en Königswinter  
"Norte-Sur: Desafíos para los años noventa"

*La Ciudad Futura*

FUNDACIÓN FRIEDRICH EBERT

# NUEVAS PERSPECTIVAS PARA EL DIÁLOGO NORTE-SUR

INFORME DE MICHAEL HOFMANN SOBRE EL ENCUENTRO DE LA COMISIÓN BRANDT CON REPRESENTANTES  
DE LAS COMISIONES INTERNACIONALES INDEPENDIENTES E INVITADOS

Participantes: Willy Brandt  
Gro Harlem Brundtland  
Ingvar Carlsson  
Julius K. Nyerere

Abdlatif Y. Al-Hamad  
Dragoslav Avramovic  
Rodrigo Botero Montoya  
Fernando Henrique Cardoso  
Robert Cassen  
Antoine K. Dakouré  
Luis Echeverría Álvarez  
Fritz Fischer  
Katherine Graham  
Amir H. Jamal  
István Láng  
Hong-Koo Lee  
Vladlen Martinov  
Robert McNamara  
Joe Morris  
Göran Ohlin  
Saburo Okita  
Edgar Pisani  
Jan Pronk  
Shridath Ramphal  
Layachi Yaker

# Prólogo de Willy Brandt

La considerable mejora de las relaciones Este-Oeste abre perspectivas a la unión de las diferentes regiones de Europa, que antes de 1989 hubieran resultado inimaginables. ¿Qué puede hacerse ahora a fin de que la relación Este-Oeste también influya de forma positiva y duradera sobre las relaciones Norte-Sur? Y ¿qué se debería hacer para que los años noventa se convirtieran en la década de la paz y del desarrollo? Estas cuestiones centrales se debatieron, el pasado enero, en la conferencia de Königswinter de dos días de duración y que, con la eficacia habitual, organizó la Fundación Friedrich Ebert. A ella se invitó a mi antigua Comisión Norte-Sur y a miembros de las posteriores Comisiones Internacionales Independientes, así como a otras personalidades importantes.

En un evento celebrado con motivo del décimo aniversario de la publicación de nuestro primer informe "Asegurar la supervivencia", las evoluciones en los años ochenta ocupaban, obviamente, el espacio central. Esta retrospectiva supuso una gran ayuda para la apreciación realista de las posibilidades y desafíos a comienzos de los años noventa.

Mirando hacia adelante, el intercambio de opiniones se centró en problemas locales del medio ambiente, en

el excesivo crecimiento demográfico, la internacionalización de la economía mundial y las posibilidades de vincular las etapas de desarme a prestaciones financieras para el Sur. Finalmente, el debate se concentró en torno a reformas institucionales, necesarias para llevar adelante una cooperación regional y multilateral.

Todos estuvimos de acuerdo en que los desafíos de los años noventa sólo se podrán afrontar a través de una acción multilateral y armonizada. Un resultado sustancial de la conferencia ha sido la creación de un nuevo grupo de trabajo bajo la dirección del primer ministro sueco Ingvar Carlsson. Grupo que, a lo largo de este año, presentará un programa de acción para los años noventa, basado en las recomendaciones de las Comisiones Internacionales Independientes y considerando las más recientes experiencias.

Michael Hofmann ha resumido el desarrollo de la discusión y los planteamientos centrales de los documentos preparativos —sin pretender que quede reflejado absolutamente todo, y considerando el carácter confidencial de nuestro debate.



# Nuevas perspectivas para el diálogo Norte-Sur

## Tendencias contradictoria en los años noventa

La valoración de las evoluciones de la pasada década depende en gran medida del punto de vista regional y social respectivo. Bajo el punto de vista de los países de la OCDE, los años ochenta representaron una fase de recuperación económica, para muchos países de Asia fueron incluso una década de boom, mientras que América Latina se paralizó y África sufrió graves retrocesos en su desarrollo. Europa Oriental fue arrollada por una crisis de sistemas políticos que condujo a revoluciones y a que todo se pusiera en movimiento.

En un rápido proceso de diferenciación, algunos países pudieron mejorar su posición en la escala de la economía mundial. Japón evolucionó hasta convertirse en una gran potencia económica, y los países semindustrializados de Extremo Oriente, además de países de la ANSE y los países de mayor población —ante todo India y China— han ganado en importancia. Lo mismo se puede decir en el marco de una CEE, ahora más dinámica, de los países mediterráneos, sobre todo de Italia y España.

Ha sido una década de cambios tecnológicos que han obligado a medidas de adaptación. La microelectrónica repercutió trascendentalmente en el empleo, el comercio y la estructura industrial, muy en especial en los países industrializados, pero también cada vez más en los países en vías de desarrollo. En todo el mundo se produjo un replanteamiento de la política económica y de las cuestiones sociopolíticas. En política económica se reconoció la función de los mercados, las empresas y el capital privado; en el sector sociopolítico aumentó la aceptación general del pluralismo democrático y de los derechos humanos.

A comienzos de la década y debido al enfrentamiento Este-Oeste, que se reflejó en una peligrosa carrera de armamentos, se descuidaron las relaciones Norte-Sur. En Europa Central surgieron incalculables riesgos bélicos por el estacionamiento de cohetes nucleares de medio alcance; y en las regiones conflictivas del Tercer Mundo se dieron numerosas enfrentamientos militares, agravados por la participación directa o indirecta de las dos superpotencias. En la segunda mitad de los años ochenta, gracias al glasnost, se realizaron por fin, (en la

línea del informe Palme), serios esfuerzos hacia el desarme y la seguridad común —que repercutieron positivamente en las relaciones internacionales.

Surgieron problemas nuevos, evidentes, por los que cada vez más personas se volvieron conscientes de que estaban viviendo en un mundo común: la proliferación de armas de exterminio masivo, la epidemia del sida, el tráfico internacional de drogas, la destrucción de la capa de ozono y la preocupación por los cambios.

## Una década desperdiciada para el diálogo

El Informe Brandt partía del supuesto de que se reconocería la existencia de intereses mutuos, lo que allanaría el camino para su intenso diálogo entre el norte y el sur. Sin embargo, no se ha llegado a establecer un diálogo constructivo. La cumbre Norte-Sur en Cancún (1981), sugerida por la comisión, en cierto modo marcó el punto final de las negociaciones de los años setenta. El hecho de que el Sur ya no se encontraba en condiciones de establecer una línea común de negociación, se vio con tanta claridad como la dura postura de los más importantes países industrializados en la era Reagan. El Norte se mostró poco interesado en un diálogo tal y como tradicionalmente lo entendía el Sur —es decir integrado en los órganos de la ONU y basado en el concepto de “un nuevo orden económico mundial”.

Las divergencias objetivas de intereses en el Sur no han disminuido a lo largo de la década. También la pérdida de prestigio de los países que tradicionalmente habían sido los portavoces —pérdida debida a una gestión equivocada de gobierno—, contribuyó a la debilitación de las negociaciones. Decayó el poder de la OPEP y de otros carteles de materias primas, y de igual modo las perspectivas de una acción concertada de los países deudores. De este modo, el grupo de los 77 pasó a jugar un papel meramente marginal en las conferencias internacionales. Al imponer los EE.UU. su derecho de veto en las negociaciones multilaterales, el diálogo Norte-Sur quedó prácticamente suspendido. Mientras que ciertos procesos económicos y financieros aceleraban la internacionalización, en la política internacional dominaba un espíritu de “anti-internacionalismo” —al menos hasta el año 1987.

Para los países industrializados de Occidente, las cumbres económicas anuales del Grupo de los 7 (G-7)

cobraron mayor importancia que las conferencias de la ONU o, incluso, que las asambleas anuales del FMI y del Banco Mundial. Mientras, el diálogo con el Sur se limitaba, en gran medida, a conversaciones bilaterales con países aislados a los que se les concedía una importancia especial (por ej., México para los EE.UU.). Cuando los bancos comenzaron a establecer reservas para compensar las pérdidas previstas en el negocio crediticio, se empezó a considerar la crisis de la deuda como algo no tan crítico dentro del sistema financiero. Cuando se encontraron productos sustitutos para muchas materias primas o empezaron a producirse excedentes, disminuyeron los temores relacionados con la seguridad del abastecimiento. El importante auge económico que se pudo observar en los países de la OCDE fue atribuido a factores internos. El argumento, esgrimido en el Informe Brandt, de que el Norte “necesita” los mercados del Sur perdió credibilidad (por ejemplo, en vista del hecho de que el producto nacional bruto conjunto de todos los países de África Negra no es mayor que el producto nacional bruto de un país relativamente pequeño como Bélgica). Consistente de su propio poder, el industrializado norte impuso a los países del Sur condiciones de crédito cada vez más severas.

## Deformaciones estructurales Norte-Sur

Las diferencias en el nivel de vida se han ido acrecentando. Entretanto, aproximadamente mil doscientos millones de personas viven en una pobreza absoluta —en porcentajes y en cifras totales más que en el año 1980. En el Sur la cifra del crecimiento económico per cápita estuvo, en promedio, alrededor del 1%. Más de 50 países, con una población total de 800 millones, vivieron en los años ochenta una evolución negativa. Por otro lado, en unos 30 países en desarrollo con un conjunto de habitantes de dos mil quinientos millones —entre ellos también China y la India—, la renta per cápita creció en un 3%, o más, por año.

Estas diferencias en el desarrollo económico en el Sur provocaron cambios en los planteamientos, por ejemplo, se reconoció que el comercio exterior y los inversores extranjeros abrían nuevas perspectivas. Pero esto alteró poco, durante los años ochenta, la impresión general de la asimetría comercial entre el Norte y el Sur y sus desiguales relaciones financieras.

## Flujos financieros invertidos

En base a precios y tipos de cambio constantes, se redujo a la mitad el total de los flujos de recursos netos del Norte hacia el Sur. Esta disminución fue particular-

mente drástica en los préstamos netos de la banca privada y en los créditos comerciales; incluso el volumen total de créditos del FMI resultó negativo. El grado de endeudamiento aumentó, y casi ningún país pudo recuperar su solvencia. Entre 1981 y 1988, en los 15 países de deuda más alta, la relación entre deudas y exportaciones creció un tercio, llegando a alcanzar el 300%. Y en los países de África Negra incluso se duplicó, consiguiendo así un nivel más alto que en cualquier otro lugar. Debido a los compromisos establecidos, los bancos concedieron menos créditos nuevos, y esto, junto al servicio de deuda, llevó desde 1984 a flujos negativos por un valor de aproximadamente 30.000 millones de dólares —un enorme contraste con las transferencias positivas netas de 48.000 millones de dólares en 1980.

A pesar del aumento de las ayudas por parte de nuevos e importantes países dadores, como Japón e Italia, el valor real de las transferencias netas y la ayuda al desarrollo aumentó muy poco a lo largo de los años ochenta. El objetivo ya recomendado por el Informe Pearson de dedicar el 0,7% a la ayuda para el desarrollo, no fue alcanzado por la mayoría de las naciones industrializadas. A pesar de todas las insistentes apelaciones a incrementar la ayuda —tal como hizo hace poco, el Grupo Helmut Schmidt— las prestaciones de los países dadores se mantuvieron, en promedio, alrededor del 0,35% del producto nacional bruto.

Se pudo observar —aunque sólo a partir de 1986—, un cierto aumento de las transferencias en el ámbito de las inversiones en el extranjero; si bien, la mayoría de las nuevas inversiones directas se dirigieron hacia Asia y a algunos países típicamente mineros. La escuela realidad en los años 80 supuso, para la gran mayoría de los países en desarrollo, el desengaño al constatar que sus posibilidades de importación y crecimiento quedaban limitadas por un acceso restringido a los recursos financieros.

## Comercio bajo condiciones agravadas

Los países exportadores de materias primas en bruto, o bien semielaboradas, —sobre todo en África— tuvieron que sufrir bajo el deterioro de los términos de intercambio y la inestabilidad de las exportaciones. La demanda de materias primas se fue reduciendo a causa del adelanto en productos de sustitución y, también, por un cambio estructural de la economía en los países industrializados de Occidente, alejándose éstos de la industria pesada para concentrarse en la industria electrónica, de menor necesidad de materiales. Además, los intentos realizados por los países exportadores para aumentar su volumen de ventas (por ejemplo en bebidas) condujeron a excedentes en la oferta y a una caída de los precios. Entre 1980 y 1988, los términos de intercambio empeoraron en un tercio para los países de África Negra y las



15 naciones más endeudadas, para los grandes exportadores de petróleo, este retroceso superó incluso el 60%.

A los países en desarrollo, el creciente proteccionismo les cuesta tantas divisas como las que reciben a través de la ayuda al desarrollo. A pesar de las amenazas de medidas proteccionistas, los grandes exportadores de bienes industriales pudieron aumentar sus exportaciones—igual que en los años setenta—en aproximadamente un 10% anual. Y, a pesar de las mayores restricciones del "acuerdo multifibra", incluso las exportaciones textiles de los países en desarrollo pudieron alcanzar, en valor real, esta tasa de crecimiento. El grupo de países que con gran éxito exportaban bienes industriales, se amplió más allá de los "cuatro dragones" de Asia oriental para incluir a los países de la ANSE, así como algunas naciones de América Latina, del sur de Asia y, también, a un número creciente de pequeños países insulares. Las naciones exportadoras más avanzadas van, mientras tanto, produciendo bienes de alto valor técnico en los que no se trata simplemente de aprovechar la ventaja del costo salarial, sino también de un alto grado de know-how empresarial. Entretanto, los países en desarrollo superan claramente, con el valor de sus exportaciones de materias primas no petrolíferas; e, incluyendo en éstas el petróleo, se igualan casi en importancia.

### *Efectos contrarios de las nuevas tecnologías*

Debido al nivel de desarrollo de la técnica y de la ciencia, así como al desequilibrio originado por los derechos de patente, se ha obstaculizado la difusión de la más reciente generación de tecnologías: microelectrónica, biotecnología y nuevos materiales. Mientras que en los países de la OCDE hay casi 30 científicos ingenieros por cada mil habitantes, en Asia son sólo 15 y en África nada más que uno. En lo que se refiere a técnicos, las diferencias son aún mayores. Bajo estas circunstancias, el proceso de desfase económico estaba, más o menos, programado de antemano. Al mismo tiempo, estas modernas tecnologías han permitido establecer ratios de acción totales, sobre todo en los sistemas financieros y los medios de difusión—con todos los efectos, tanto positivos como negativos, que esto implica.

La computarización del sector financiero ha hecho surgir un mercado mundial con nuevos instrumentos financieros que, sin embargo, se substraen en gran medida a cualquier control político. Los gobiernos ya no están, prácticamente, en condiciones de llevar un control individual de esta situación, pudiendo sólo reaccionar cuando los mercados financieros dan sus señales. Los modernos medios de telecomunicación son, también, no menos revolucionarios. Los sucesos son dados a conocer de inmediato en todos los puntos del planeta,

como se pudo ver en el interés que despertaron por todo el mundo las manifestaciones en China o en Europa Oriental. Sobre los países en desarrollo, los medios mundiales de telecomunicación transmiten preferentemente imágenes de guerra, pobreza e inestabilidad. Por otro lado, este más fácil acceso a la información sobre las condiciones de vida en el Sur ha aumentado la predisposición a prestar ayuda. Se hizo mención del trabajo sobre proyectos de base por parte de organizaciones no gubernamentales (ONGs), que dependen sobre todo de donantes particulares.

### *Difereciación por regiones*

#### *Balance provisional tras una década de adaptación*

En los años ochenta, la adaptación a las orientaciones tecnológicas y a los cambios de la economía mundial, así como a los niveles político-culturales, se convirtieron en exigencias que ninguna región del mundo pudo eludir. Como las premisas para una rápida adaptación eran extremadamente diferentes según la región, no es sorprendente que en el transcurso de esta década, se acelerasen las diferencias no sólo entre las regiones sino también en el seno de las mismas, viéndose además que los mecanismos de nivelación internacional resultaron tan insuficientes como los esfuerzos hechos para lograr una coordinación a nivel mundial. Por lo contrario, en el ámbito de la economía predominó la política de oferta de cada país; lo que, obviamente, perjudicó a las naciones estructuralmente débiles, sobre todo en África. Incluso entre los países de primer rango, como los de la OCDE, aumentaron los desequilibrios.

La respuesta de si los años ochenta fueron una década de desarrollo o, más bien, una década perdida, depende del lugar de donde provenga el interrogado. En todos los continentes hubo ganadores y perdedores, nuevos ascensos y marginaciones. Desde la perspectiva continental, África se encontró, con toda seguridad, en el campo de los perdedores, el mundo árabe y América Latina se vieron gradualmente más marginados, mientras que el progreso del desarrollo en Asia generó un gran número de países en ascenso, Japón, Europa occidental y los EE.UU. se consideran los vencedores, sobre todo cuando la preestrola en Europa central y oriental no es, ni más ni menos, que una tendencia de adaptación al sistema occidental.

### *África: un continente en crisis*

La situación de África es casi catastrófica al sur del

Sahara: crecimiento negativo del producto nacional bruto, descenso de la expectativa de vida, un paso atrás en la formación escolar y aún más africanos que viven en total pobreza y cuyo número ha aumentado también en términos relativos respecto a la población total. En los años ochenta, el crecimiento económico medio anual descendió al 1,5%; la población, sin embargo, aumentó anualmente en más de un 3%, por lo que la renta per cápita descendió drásticamente. Más de trescientos millones de africanos—casi dos tercios de la población total—viven en la pobreza más absoluta (se estima que la cifra referida a Asia es del orden del 25%). El futuro de África se ve perjudicado por un descenso relativo de las inversiones brutas y un deterioro permanente de la competitividad. La participación de África en el comercio mundial se ha reducido a la mitad desde 1970. Algunos países africanos, como por ejemplo Camerún y Kenia muestran sin embargo, un crecimiento impresionante. Ghana y, desde hace poco también Nigeria, donde se detectan signos de auge económico, parecen haberse beneficiado del proceso de adaptación.

Razones de diversa índole explican el deterioro general de la situación en África: catástrofes naturales, sobre todo la sequía en los años 1983-85 y las desfavorables condiciones climáticas que aún persisten, el empeoramiento de los términos de intercambio, el círculo vicioso de un crecimiento económico inestable que agrava la pobreza, perpetúa con ello las altas tasas de natalidad y acelera la explotación abusiva de la naturaleza; inestabilidad política y situaciones casi de guerra civil; y, finalmente, decisiones políticas equivocadas que han agudizado aún más una situación ya de por sí difícil.

De este modo, en el ámbito económico, la sobrevaluación de distintas monedas y una política comercial inadecuada generaron condiciones-marco desfavorables a las exportaciones, y se fomentó una costosa sustitución de importaciones. En el sector agrario, una política de precios equivocada y la ineficiencia estatal en el abastecimiento de medios de producción y en la comercialización de los productos llevó a un lento crecimiento de la producción agrícola.

Entretanto, algunos gobiernos siguen las recomendaciones que se orientan al mercado, pero persisten dudas acerca de si las recomendaciones de losadores bilaterales y multilaterales, así como las medidas adoptadas por ellos resultan apropiadas para resolver los graves problemas de desarrollo. Las condiciones-marco políticas y culturales en muchos países africanos continúan siendo poco propicias; la ausencia de posibilidades de participación reduce la motivación de las personas. No se percibe prácticamente un desarrollo autónomo y adecuado a las circunstancias respectivas. Se requiere una diversificación económica, tanto más cuanto que el cultivo forzado de cereales ("cash-crops") ha originado

un descenso en los ingresos por materias primas. Pero sino se progresa en la cooperación interafricana, no hay muchas esperanzas de que se realice con éxito la industrialización.

### *Países árabes: atraso político y social*

A principios de los años ochenta, el petróleo proporcionó capital en abundancia y peso político internacional. Gracias a los petrodólares se pudo, sobre todo, mejorar considerablemente la infraestructura. Esta región se vio; sin embargo, obligada a soportar la guerra entre el Irán y el Irak, guerra que supuso un alto costo de material y humano y acrecentó aún más la inestabilidad política ya existente en el Oriente Medio. Si bien los regímenes feudales y las dictaduras militares allí imperantes han podido oponerse hasta ahora al cambio político, actualmente se ven enfrentados cada vez más a demandas de una democratización de la sociedad. A la vista de los errores cometidos en muchos lugares en el desarrollo económico y social, y considerando el interés de las potencias mundiales en refrenar los conflictos regionales, subsiste el peligro de la marginación de los países árabes.

### *América Latina: democracia, sin bienestar*

En el aspecto económico y social, los años ochenta fueron para América Latina una década perdida: descendió la producción per cápita, así como las inversiones brutas, debido sobre todo a los compromisos del servicio de la deuda. Bien es verdad que algunos de los países, especialmente Brasil y México, aumentaron considerablemente sus exportaciones, pero no lograron mejorar con ello ni sus posibilidades de importación ni su nivel de vida, ya que este crecimiento lo absorbió de nuevo en gran parte el servicio de la deuda. Existen claros indicios de un aumento de la pobreza masiva, sobre todo entre las mujeres y los niños. Visto globalmente, América Latina se halla prisionera en el círculo vicioso que supone un crecimiento económico lento, una deuda externa abrumadora y los desequilibrios estructurales.

Este círculo de endeudamiento e inflación en América Latina lo generó principalmente la ineficaz política industrial en la época de los regímenes militares, cuyos gigantescos proyectos financiados con créditos agravaron la inflación. Los intereses flotantes del dólar acrecentaron vertiginosamente el endeudamiento a lo largo de los ochenta. Para poder asumir el servicio de la deuda se hubo asimismo de aumentar forzosamente el endeudamiento interno, lo que condujo, no sólo en Brasil y Argentina, a tasas de interés cada vez más altas, y con ello, a una hiperinflación. Algunos planteamientos eco-



nómicos ultraliberales resultaron contraproducentes, tanto más cuanto que ya no se asumían, o se asumían mal, las funciones sociales del estado. Si persisten la miseria económica y los problemas sociales, crecerá el peligro de que se desacrediten las recién logradas democracias.

Los gobiernos democráticamente elegidos han de afrontar enormes desafíos: luchar contra la inflación, recuperar los capitales fugados y, ligado inexorablemente a ello, negociar con los acreedores una solución sólida para el endeudamiento; lograr mediante reformas estructurales una competitividad internacional y, al mismo tiempo, un mayor grado de justicia social; excluir, a través de la estabilidad política, un retorno a las dictaduras militares; asegurar los principios del estado de derecho, en primer término el respeto a los derechos humanos civiles y sociales; y finalmente, dedicar una mayor atención a la protección del medio ambiente.

La amarga experiencia de los años ochenta en los que América Latina avanzó mucho más lentamente que otros continentes en el cumplimiento de estos objetivos, generó por una parte cierta moderación, y por otra produjo nuevos bríos para la cooperación regional, como los renovados esfuerzos de integración del Cono Sur o el plan de paz del presidente Arias para Centroamérica. Puesto que la presión que generan los problemas en el hemisferio sur afectan también directamente a los EE.UU. y a Canadá —ya sea en forma de inmigración, descenso de las exportaciones o tráfico de drogas—, su disposición a prestar ayuda crece, lo cual se refleja entre otras cosas en la iniciativa Brady, que ya supuso para México y Venezuela un alivio de la deuda.

### Asia: logros en la recuperación del desarrollo

El ya proverbial éxito económico asiático hizo que surgieran en el comercio mundial, a lo largo de los años ochenta, socios de enorme potencia económica. Asia pudo así alcanzar en promedio un crecimiento anual real del 7%. Los países semiindustrializados de mayor crecimiento, sobre todo Corea del Sur y Taiwan, crearon una estructura de producción muy diversa y a alto nivel tecnológico. También los países de la ANSE —principalmente Tailandia y Malasia— alcanzan rápidos progresos. En China, la renta per cápita prácticamente se duplicó en los ochenta, y la tendencia de crecimiento de la India es también claramente ascendente. Desde la perspectiva del mundo asiático —y con ello de la mayoría de la humanidad—, los años ochenta fueron en el terreno del desarrollo económico, sin duda, una década de éxito.

El desarrollo de los países insulares, mediterráneos pobres y los más pequeños de Asia fue, no obstante, mucho menor que el de sus vecinos más grandes o que el de los países semiindustrializados. A pesar de haber

alcanzado considerables progresos socioeconómicos, aproximadamente 600 millones de asiáticos continúan viviendo en absoluta pobreza, de los cuales cerca de la mitad en el subcontinente indio. En Indochina se continuó luchando, y en numerosas zonas de Asia de producción desórdenes casi con carácter de guerra civil.

Los regímenes autoritarios se opusieron a la demanda de una participación política, en China con la brutal intervención de los militares. Por otro lado, se vieron coronados por el éxito los movimientos por la democracia en Filipinas y en Corea del Sur, donde por primera vez desde hace décadas se celebraron elecciones libres. También en Asia, por tanto, se han puesto de relieve con mayor claridad las diferencias entre los distintos países y, concretamente tanto en el ámbito de economía, como en el de la configuración política y los principios del estado de derecho.

### Auge económico en los países de la OCDE

Cuando se publicó el Informe Brandt, los países de la OCDE estaban viviendo una seria recesión económica. El desempleo había llegado a un nivel máximo desconocido en la posguerra, la inflación había ascendido desde hacía una década a una media del 10% anual, reinando un pesimismo generalizado en cuanto a la capacidad de los países industrializados para adaptarse a los elevados precios del petróleo y a las exigencias de un cambio estructural. En los años ochenta, sin embargo, la situación cambió considerablemente gracias al incesante crecimiento que se produjo a partir de 1983: aumentaron las inversiones, disminuyeron la inflación y el desempleo, aun cuando éste continúa siendo excesivamente alto en los países de la CEE.

Las causas y el alcance de este cambio fueron diferentes de un país a otro, si bien hubo algunas características comunes. Los gobiernos estuvieron dispuestos a sacrificar el empleo para combatir la inflación; tasas de inflación más bajas generaron a su vez mayor confianza y un mayor crecimiento económico. La liberalización llevó a un aumento de la eficiencia, y en toda la industria, así como en el sector de servicios, se introdujeron innovaciones tecnológicas, lo que permitió una utilización más racional de los recursos, principalmente de la energía.

A ello hay que agregar que se asumió un descenso relativo del empleo en sectores tradicionales —como el de la agricultura, protegida durante mucho tiempo—, mientras que en el sector de servicios se crearon puestos de trabajo nuevos. También los flujos de capital, favorecidos por la liberalización del mercado financiero y de divisas, así como por beneficios crecientes, aumentaron de modo considerable, lo que facilitó la difusión de nuevas tecnologías y de métodos de gestión mejores. A excepción de unos pocos países de Extremo Oriente,

estos movimientos no incidieron prácticamente en los países en desarrollo.

La Comunidad Europea, de la que en los años setenta se decía que padecía de "euroesclerosis", recibió nuevo empuje: la ampliación de la CEE con la adhesión de los países del sur de Europa y los impulsos provenientes del Proyecto 1992 condujeron a una nueva dinámica y a mejores expectativas económicas. Los países industrializados occidentales lograron finalmente coordinar con mayor eficacia las respectivas medidas adoptadas, especialmente en el seno del Grupo de los 7 (G-7), grupo al que pertenecen EE.UU., Japón, la República Federal de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia y Canadá. Los acuerdos del G-7 distan mucho de constituir una amplia armonización política, pero han contribuido a evitar serias crisis.

A pesar de los mencionados procesos de adaptación en el grupo de la OCDE, persistieron con gran evidencia algunos puntos débiles. Así, la política económica orientada a la oferta tuvo repercusiones sociales negativas; por ejemplo, más de treinta millones de norteamericanos viven por debajo del nivel oficial de pobreza. La tasa de ahorro acusó una tendencia descendente, y los desequilibrios financieros entre los países más importantes tuvieron un efecto destabilizador. Los EE.UU. muestran desde hace cinco años un considerable déficit en la balanza de transacciones corrientes, mientras que en las balanzas de transacciones corrientes alemana y japonesa se observan superávits de similar cuantía. Partiendo de un activo neto por valor de ciento seis mil millones de dólares en 1980, los EE.UU. habían alcanzado en 1988 un volumen de deudas de quinientos mil millones de dólares. El crack bursátil en otoño de 1987 puso al descubierto una pérdida de confianza. Cuanto más dominaba Japón con avances tecnológicos, más temores proteccionistas suscitaban las exigencias propugnadas en el seno de la OCDE en cuanto a "medidas estratégicas comerciales."

### Cambios revolucionarios en Europa Oriental

En los años ochenta se hizo patente que el aislamiento y la planificación burocrática condenaban al atraso económico a los países del Consejo de Asistencia Mutua Económica (CAME). La distancia tecnológica a la que ellos se encontraban frente a los países industrializados occidentales había aumentado: la productividad industrial por hora-trabajo se estancaba debido a la falta de aliciente para la obtención de un mayor rendimiento; el consumo excesivo de energía y de materiales suponía una carga tremenda para el medio ambiente. La crisis económica aceleró el derrumbamiento del sistema comunista, ya desacreditado políticamente. Lo que en

1980 en Polonia aún se reprimió, y que después Gorbachov haría posible a partir de 1985, lo lograron de forma vertiginosa en 1989 los movimientos populares: el fin de la autocracia comunista.

En la URSS la transformación de las circunstancias políticas, económicas y culturales introducida "desde arriba" no comenzó hasta 1987. El objetivo de la perestroika es una sociedad abierta al mundo, con estructuras federales y de economía de mercado. Sin embargo, los reformadores no han logrado prácticamente hasta el momento éxitos contundentes: la Unión Soviética amenaza desmoronarse debido a la agravación del problema de las nacionalidades, y por resistencias burocráticas, lo único que se ha podido llevar a cabo, en el terreno económico, han sido medidas de reforma sin demasiado entusiasmo, que han originado una seria escasez en el abastecimiento. Otros países, en primer término Hungría, han avanzado algo más en el camino hacia la economía de mercado. Pero tanto ahí como en Polonia, la reconversión económica se ve dificultada, entre otras cosas, por el considerable volumen que representa la deuda externa.

El éxito de la perestroika depende de condiciones marco internas y externas que han de complementarse: democratización y disposición a las reformas en los países miembros del CAME, al mismo tiempo que se requiere la cooperación de los países de la OCDE. En todas las áreas hay necesidad de cooperación financiera y técnica. Además, rápidos avances en el desarme son esenciales, sobre todo para la Unión Soviética.

### Incidencia de la distensión Este-Oeste en el Sur

Desde la cumbre de Reikiavik (1987), las relaciones Este-Oeste han mejorado en tal grado que parece vislumbrarse el fin de la confrontación de la posguerra, sobre todo teniendo en cuenta que los cambios en Europa Central y Oriental hacen que desaparezca el antagonismo de los sistemas. Aunque todavía no se puede apreciar el alcance de este cambio, el acercamiento Este-Oeste suscita grandes esperanzas, y según desde dónde se mire y a qué plazo, también una sensación de escepticismo. No hará falta decir que en Europa predominan las expectativas de mayor valor positivo; baste mencionar las metas del proceso de la CSCE, en el que también se halla integrada Norteamérica.

Sin duda, las negociaciones establecidas sobre el desarme representan para toda la humanidad una evolución sumamente favorable; porque, con ello, se reduce la posibilidad de una guerra entre las superpotencias,



con todas las catastróficas consecuencias de un "invierno nuclear". Las conversaciones establecidas paralelamente sobre las regiones en conflicto del Sur podrían conducir a que disminuya la participación de las superpotencias en escenarios bélicos, como, por ejemplo, sucedió en Indochina, Angola, Etiopía y Centroamérica. Una postura negativa frente a la distensión Este-Oeste la asumen, quizás, aquellos países en desarrollo que, en el pasado, se beneficiaron de la lucha de las superpotencias por conseguir esferas de influencia —sobre todo en el próximo y lejano Oriente.

Pero las cuestiones realmente importantes que se plantean en este contexto son la desviación de gastos de armamento hacia fines pacíficos, incluida la ayuda al desarrollo, y los temores en el Sur de que en el futuro las ayudas se desvíen al Este de Europa. Se debería evitar que surjan relaciones negativas de competencia entre el Este y el Sur por acceder a los recursos occidentales.

Sobre todo, se reprocha a los países de la CEE una (re-)orientación eurocentrista. Así, los estados de ACP, tras la negociación de la nueva Convención de Lomé, atribuyeron la dureza de la postura de los negociadores europeos al mayor interés de la CEE en apoyar, con ayudas al desarrollo y facilidades comerciales, a Europa del Este. América Latina y los países semiindustrializados asiáticos temen que las inversiones japonesas también puedan dirigirse, con preferencia, a Europa del Este, y de que, en el tema de la deuda, se pueda dar un trato privilegiado a las naciones de Europa Oriental.

No está en absoluto garantizado que el desvío de recursos a Europa Oriental se compense, al menos a medio plazo, con medidas de desarme. Está claro que el gobierno norteamericano difícilmente hará llegar a los países en vías de desarrollo los recursos que se liberen por la reducción de armamento, ya que los déficit propios son evidentes: el déficit presupuestario, la miseria urbana y el descuido del sector educativo. El Sur sólo se podría beneficiar indirectamente, si una menor demanda crediticia condujese a reducciones del tipo de interés. La Unión Soviética, debido a la escasez que reina en muchas áreas, está prácticamente obligada a utilizar alternativamente esos recursos en su propio país. Pero si, con ayuda de la perestroika y del apoyo extranjero, se consiguiera reactivar y abrir la economía en Europa Oriental, estos países se convertirían en socios comerciales más interesantes y en países dadores para el Sur.

La Unión Soviética y otras naciones del CAME son, entretanto, conscientes de que también ellos se han de sentir responsables de la realización de las tareas globales y, por tanto, de solucionar la problemática Norte-Sur. Sin duda, en el área técnica, están en condiciones y dispuestos a aportar ayuda. La reducción de la ayuda que hasta ahora porta de una motivación ideológica supondrá también un aumento de los márgenes financieros.

Se debería poder acordar además, entre Este y Oeste, que al menos una parte del "dividendo de paz" (obtenible por el desarme) se utilizara para fines internacionales de desarrollo y medio ambiente. Los países del Sur pueden, asimismo, contribuir siguiendo el buen ejemplo: la reducción de los gastos militares excesivos.

El desarme continúa siendo imprescindible en todo el mundo. Las conversaciones de desarme no se deberían limitar a los participantes del proceso de la CSCE en Viena y a las negociaciones bilaterales entre los EE.UU. y la URSS en Ginebra. Las experiencias de la CSCE podrían servir también para otros focos de conflictos regionales, jugando aquí las Naciones Unidas un papel destacado. La dimensión Norte-Sur ganará en importancia en el actual proceso de desarme, ya que el cumplimiento de la no proliferación de armas nucleares, además de una prohibición general de armas químicas y biológicas, sin olvidar que los mecanismos de control —urgentemente requeridos— para la exportación de armas requieren previamente acuerdos vinculantes en todo el mundo.

## Tareas globales para los años noventa

La consciencia de los riesgos universales de la carrera armamentista y de los peligros globales para el medio ambiente, han conseguido que la idea de antagonismos Este-Oeste o en divisiones Norte-Sur adquiera el carácter de algo obsoleto. El reconocimiento de la existencia de un futuro común en un mundo único ha prosperado. Entretanto, se comprende que no hay prácticamente ningún país al que no le repercuta el proceder de los otros. Así, las decisiones político-económicas de los países importantes afectan al bienestar de los otros estados; la contaminación del medio ambiente traspasa no sólo los límites nacionales, sino también los continentales; el tráfico de drogas, la delincuencia internacional, los movimientos migratorios y el SIDA son problemas que ya no se pueden resolver sin una estrecha colaboración entre los distintos países. La interrelación y la superposición de los diferentes grupos de problemas resultan también mucho más evidentes, por ejemplo: la relación entre crecimiento económico y riesgos climáticos, entre endeudamiento y explotación abusiva de la naturaleza, así como entre crecimiento demográfico y migración internacional.

Tanto en sentido geográfico como temático, las fronteras se han hecho más permeables. El hacer político ha de tenerlo en cuenta, pues las actuaciones nacionales en solitario y la simple administración según la división clásica en sectores no corresponden a los retos de los años noventa. Muy al contrario, la globalización de los peligros y la internacionalización en la

economía y la técnica exigen una colaboración multilateral. Después de que, durante décadas, la confrontación Este-Oeste y el marcado bilateralismo debilitaron casi sistemáticamente las organizaciones internacionales existentes, habrá que tratar a partir de ahora de fortalecer tenazmente las organizaciones regionales y mundiales.

## Preservación del medio ambiente

La destrucción del medio ambiente se ha convertido en un problema de seguridad de primer orden. Las fronteras del aprovechamiento de recursos se traspasan, tanto a nivel local —escasez de agua dulce, deforestación, contaminación injustificable del medio ambiente— como global, con fenómenos como la pesca abusiva, el calentamiento general y la destrucción de la capa de ozono. Si no se consigue un cambio radical de los modelos de crecimiento en el Este y el Oeste, en el Norte y el Sur, la humanidad acabará con los fundamentos naturales de la vida. El problema central es el consumo excesivo de energía, que ya está modificando negativamente el clima mundial. En la generación y utilización de energía son sobre todos los países industrializados los que han de acceder a vías de menor consumo, ya que son ellos los principales causantes de los problemas generales del medio ambiente. El estilo de vida occidental ha agotado ya una gran parte del "capital ecológico" total, y la mala gestión de los países del Este ha llevado a una contaminación ambiental peligrosamente alta.

Si bien es importante modificar el modo de operación del sistema económico en las naciones industrializadas, a la vez tiene la misma importancia afrontar los peligros ambientales en el sur de la tierra mediante una actuación solidaria. El informe de la Comisión Brundtland lo ha subrayado con énfasis. La pobreza y la contaminación ambiental están íntimamente ligadas. La pobreza de la población rural, cada vez más numerosa, obliga a las personas de destruir su medio ambiente en la búsqueda constante de alimentos, leña y forraje. Las superficies aprovechables para la agricultura —ya de por sí escasas— van desapareciendo debido a la creciente salinización y al aumento de las zonas desérticas. Por cada árbol plantado en regiones tropicales se talan otros diez. Al sur del Sahara la relación es incluso de uno a treinta.

Existen también amplias conexiones con la problemática Norte-Sur: así, por ejemplo, la necesidad de obtener superávits comerciales para poder atender el servicio de la deuda lleva a la explotación abusiva de los recursos naturales, así como a comerciar con desechos problemáticos y a tolerar la exportación de drogas. La destrucción de la selva amazónica es un problema ecológico mundial con toda una serie de causas culturales y económicas de diversa índole. Sin una contribución

económica considerable por parte de los países industrializados, no se podrá frenar ni la explotación abusiva de las selvas tropicales ni la creciente desertificación. El requisito indispensable para una reducción de los daños ambientales provocados por la pobreza es un crecimiento económico más rápido —y no más lento—, pero al mismo tiempo sólido y duradero.

En el área del medio ambiente existen claras interdependencias internacionales que suponen el punto de partida para un nuevo diálogo multilateral y fructífero: por ejemplo, los recursos comunes de la humanidad, como son el clima, la capa de ozono, los mares, la Antártida y las selvas tropicales. Pero también el interés común de las generaciones actuales y futuras por mantener la diversidad de especies, o problemas como los accidentes nucleares o la "lluvia ácida", que se traducen en una contaminación ambiental más allá de las fronteras.

El Protocolo de Montreal para la reducción de las emisiones de hidrocarburos clorados fluorados, la Convención de Basilea sobre sustancias residuales peligrosas y las resoluciones de la cumbre de La Haya respecto a un futuro acuerdo sobre el clima son los primeros pasos en el camino hacia un sistema global para la protección del medio ambiente (con estándares establecidos y mecanismos de sanción y de compensación). Los pasos siguientes requieren un consenso más amplio para el fortalecimiento de las instituciones de la ONU.

## Límites del crecimiento demográfico

En los años ochenta, la población mundial ha crecido en noventa millones, alcanzando la cifra de cinco mil trescientos millones de personas. Más del 90% de este crecimiento provino de los países en vías de desarrollo, en los que entretanto hay cerca de cuatro mil millones de habitantes. Si el crecimiento demográfico continuase a la misma velocidad, la población mundial llegaría a duplicarse en los próximos cincuenta años, lo que generaría problemas económicos y sociales prácticamente sin solución y provocaría peligros ambientales casi inimaginables. Por ello es urgente y necesario realizar esfuerzos más serios para aminorar el ritmo del crecimiento demográfico.

La educación y la formación, así como una buena asistencia sanitaria, moderan —hecho éste estadísticamente comprobable— las tasas de crecimiento de la población. Pero estos procesos de aprendizaje requieren el paso de generaciones, es decir, son más lentos de lo esperado. Los avances logrados a través de la mejora de la posición de la mujer en la sociedad —como en la lucha contra el analfabetismo y las expectativas de supervivencia de los niños— se redujeron a causa de la recesión económica y las medidas de ahorro impuestas. En consecuencia, se han de mejorar las condiciones



marco económicas. Junto a medidas indirectas, habría que apoyar internacionalmente, con mayor intensidad medidas directas respecto al control de natalidad.

A consecuencia del grave problema demográfico y de situaciones sociales precarias—*así como debido a los medios de comunicación modernos*—, han aumentado con gran rapidez los movimientos migratorios transfronterizos, tanto en el seno del propio Sur como también en dirección al Norte. La emigración parece comprensible desde la perspectiva de una mejora de las expectativas individuales a futuro, pero a partir de magnitudes críticas, provoca reacciones adversas en los países de destino. Incluso los países de inmigración tradicionales adoptan un comportamiento cada vez más restrictivo. En muchos lugares crece la xenofobia, lo que se refleja en los resultados electorales. Como la resistencia política o psicológica frente a una convivencia multicultural no puede disminuir más que a largo plazo, se han de reducir los procesos migratorios. Pero un enfoque razonable no ha de ser el aislamiento, sino una cooperación más intensa al desarrollo, a fin de que las personas tengan oportunidades que les permitan permanecer en sus propios países.

### Problemas de endeudamiento y de desarrollo

Una cuestión primordial para el futuro será la de como África y América Latina pueden llegar a superar el estancamiento actual. Esta cuestión se la plantean asimismo algunos países asiáticos y de Europa del Este. A la vista de la problemática del endeudamiento, aún sin resolver, la disposición de los países de la OCDE a colaborar resulta esencial. Porque la reducción de la deuda para los países de ingresos bajos—de acuerdo al "menú de Toronto"—, así como la iniciativa de Brady para los países de ingresos medios sólo han disminuido las cargas de forma muy moderada. Las experiencias vividas hasta el presente con el Plan Brady denotan que una condonación voluntaria de la deuda por parte de la banca privada será algo lento y complicado, y que, considerando las modalidades actuales, supondrá a fin de cuentas muy poco. También las regulaciones de Toronto para los países de ingresos bajos (en el Club de París) resultan insuficientes a la hora de evitar un empeoramiento de la posición de los países africanos en cuanto a la deuda.

Continúa siendo de extrema urgencia reducir, sustancial y rápidamente, los servicios de la deuda de ambos grupos de países, así como prorrogar los vencimientos y reducir el servicio de la deuda también respecto a países pequeños de ingresos medios. Bien es verdad que desde hace mucho tiempo algunos expertos están debatiendo sobre regulaciones de amplio alcance adaptables a cada caso; no obstante, en los gobiernos y en sectores bancarios del G-7 persisten las reservas, aun

cuando por parte de los países en desarrollo se acepte la condicionalidad en mayor medida que hace algunos años.

Para resolver los problemas nacionales e internacionales, los gobiernos de la mayoría de los países en desarrollo están aceptando ya un planteamiento económico bastante liberal. Se reconoce en gran parte la utilidad de una política financiera sólida, de las reformas de precios y de un aumento de las exportaciones. Las diferencias de opinión se mantienen; sin embargo, en lo relativo al momento y a la secuencia de las adaptaciones monetarias y de las medidas de liberalización en el comercio, pero sobre todo en el sector financiero. En otras palabras: se trata de si son aplicables o no las condiciones habitualmente impuestas por el Banco Mundial y el FMI. Poco favorable es el hecho de que la discusión se ha polarizado en gran medida. Con frecuencia es porque no se hace distinción entre aquellos requisitos que son necesarios para el desarrollo y los simplemente suficientes. En realidad, el fomento del sector privado y la ampliación del margen de movimiento para las fuerzas del mercado no tienen por qué ser incompatibles con el fortalecimiento del sector público, a fin de mejorar los servicios a prestar.

Amplias medidas de adaptación—en el sentido de reformas estructurales—se podrían impulsar significativamente mediante condiciones externas de influencia positiva. Una importante piedra de toque será en este contexto la llamada Ronda Uruguay, ya que en las negociaciones establecidas en el GATT se está tratando la reducción del proteccionismo, incluyendo el proteccionismo agrario de los países industrializados; de igual modo, se ha de reglamentar el comercio internacional de servicios. Para ello se deberían realizar grandes esfuerzos, a fin de incluir en las negociaciones a los países en desarrollo en vez de marginarlos, como se vio en la Ronda Tokio. Mirando hacia adelante, se han de considerar asimismo los intereses comerciales de los países del Este de Europa.

Sea en el sector comercial, o en el de las transferencias financieras o tecnológicas, todos los paquetes de cooperación han de tener en cuenta el nivel de desarrollo e industrialización, así como las deficiencias en cuanto al tamaño de los distintos países según su capitalización. Por supuesto esto se refiere también a la cooperación al desarrollo por parte del sector público, tanto más considerando que los fracasos de la ayuda al desarrollo, precisamente en el caso de los países más pobres, deberían dar lugar a un replanteamiento. Ello no debe suponer, sin embargo, que los criterios de eficacia económica se conviertan de forma exagerada en el criterio central. Más bien se deberán premiar con prestaciones especiales los esfuerzos propios en el campo social y en el político, las medidas para la satisfacción de las necesidades básicas, los esfuerzos en el desarme y en la reducción de los gastos militares, así

como la protección del medio ambiente. El respeto de los derechos humanos y la democratización se han de considerar, por supuesto, como una condición imprescindible para una cooperación eficaz en los años noventa.

En la agenda de los años noventa se ha de incluir asimismo un problema fundamental de la economía mundial: la distribución desigual de las cargas entre los países deficitarios y excedentarios, es decir, el dilema—*aún no resuelto* desde Bretton-Woods—de las imposiciones unilaterales frente a países deficitarios débiles. A esto se añaden cuestiones acerca del papel que en el futuro jugarán los derechos especiales de giro y la inestabilidad del sistema monetario, sobre todo considerando que la tendencia ascendente de los intereses genera riesgos para el crecimiento económico y el empleo en todo el mundo. Finalmente podrían surgir de nuevo en los años noventa algunos de los problemas Norte-Sur, si bien en forma algo diferente. Algunos temores, que durante mucho tiempo se han mantenido ocultos, podrían resurgir una vez más, como por ejemplo la escasez en el abastecimiento general de alimentos o el miedo a un nuevo shock de los precios de petróleo. En opinión de algunos expertos, dichos precios aumentarán fuertemente a mediados de los noventa. Y también el exceso de oferta que durante largo tiempo ha reinado en los mercados alimentarios mundiales podría tocar a su fin.

### Reforma de las organizaciones internacionales

Cuando se fundaron las Naciones Unidas, la idea central fue la salvaguarda de la soberanía de los diferentes estados, pero no la creación de una sociedad universal. Pero con el número actual de ciento sesenta actores soberanos en este escenario mundial se ha hecho prácticamente imposible afrontar problemas globales de una manera tradicional. En el futuro habrá que tratar de fortalecer las instituciones mundiales y regionales, transfiriéndoles—*en mayor medida que hasta ahora*—derechos de soberanía. Así, pues, deberían estar legitimadas para controlar más intensamente las gestiones de los gobiernos y asumir las funciones de un sector público internacional. Del mismo modo, se deberá otorgar la validez debida a las sentencias del Tribunal Internacional de Justicia.

El hecho de que las Naciones Unidas parezcan hallarse aún muy lejos de este objetivo hay que achacarlo sobre todo a las décadas de confrontación Este-Oeste. Al actuar las dos superpotencias autoritariamente, socavaron la autoridad de la ONU y de su secretario general;

y como de modo más o menos arbitrario recurrían a su derecho de veto en el Consejo de Seguridad, la ONU no pudo asumir con carácter universal su tarea central: el aseguramiento de la paz en el mundo. La correspondiente pérdida de imagen se reflejó en la moralidad y calidad de los diplomáticos y funcionarios acreditados. Y los problemas financieros, ocasionados deliberadamente, generaron en los años ochenta—*marcados por el bilateralismo*—una auténtica atmósfera de crisis.

A pesar de algunas reformas en la organización, el sistema de la ONU sigue presentando serios puntos débiles: las decisiones se adoptan en base a un procedimiento de voto no calificado, en el que a cada país le corresponde un voto. Las contrataciones de personal se reducen muchas veces a la ocupación de cargos por parte de determinados países. Frecuentemente existen coincidencias en las áreas de actividad de las diferentes organizaciones especiales (en los ámbitos de agricultura y comercio, por ejemplo, se precisa realizar una reagrupación). Finalmente, continúan sin resolverse los problemas de financiación.

Gracias a la distensión Este-Oeste existen; sin embargo, síntomas positivos de un cambio. Los países del G-7, incluidos en EE.UU., muestran nuevamente una mayor disposición a afrontar problemas concretos en el marco del sistema de la ONU. El papel cada vez más positivo que la URSS desempeña en la ONU—y su deseo de incorporarse a las instituciones de Bretton-Woods—podrían contribuir a un fortalecimiento de estos órganos. Y el Sur, por su parte, ha aceptado en gran medida la división de tareas entre la ONU y las instituciones de Bretton-Woods, bien en reconocimiento del trabajo realizado por estas últimas o bien por la vulnerabilidad del Sur frente a las fuerzas conservadoras del Norte.

En cualquier caso, las Naciones Unidas pudieron aumentar su prestigio gracias a su papel mediador en algunas regiones en conflicto. En el futuro, todo dependerá de que se autorice con suficiente antelación al secretario general de la ONU a intervenir en la resolución de conflictos y en todas las regiones del mundo, así como de que se revalorice el papel de la Fuerza de Paz.

El hecho de que los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, que son los que a fin de cuentas deciden, sean en la actualidad exclusivamente las potencias nucleares es algo que no se podrá cuestionar hasta que el proceso de desarme se encuentre en una fase más avanzada. Pero la conformación básica de este órgano—un número limitado de miembros para agilizar las negociaciones, así como el principio de aspirar a una representación regional junto a los miembros permanentes—podría utilizarse también para cuestiones de seguridad ecológica o social. Ya se propuso crear algo así como un "Consejo de Seguridad del Medio Ambien-



te", cuya composición debería ser distinta a la del Consejo de Seguridad existente. Según este planteamiento, a los países de mucha población se les concedería un derecho de participación proporcionalmente mayor en los debates. También se podría pensar en conceder en el futuro al Consejo Económico y Social mayor importancia, a fin de convertirlo en un Consejo de Seguridad en materia de seguridad social. Lo que resulta primordial es establecer para el Consejo Económico y Social las condiciones necesarias para que pueda asumir eficazmente sus tareas de coordinación, y control.

En las instituciones de Bretton-Woods existe una serie de problemas específicos: si bien es verdad que no se puede dudar de su profesionalidad, se tienen reservas debido a la orientación unilateral hacia determinadas "escuelas económicas" a la hora de la contratación de personal. El sistema de poder de voto ponderado ha dado buenos resultados, ya que ha proporcionado a las instituciones una buena reputación en el mundo financiero (es decir, una solvencia de primer orden); como punto negativo hay que mencionar, sin embargo, que la influencia de los países en desarrollo en procesos de decisión es muy limitada. Como representante del país con mayor capital, el Ministerio de Hacienda norteamericano pudo imponerse en las decisiones a lo largo de cuatro décadas. Sólo desde hace poco años los otros países del G-7 se han convertido en auténticos "coadministradores" del sistema monetario y financiero internacional. Se ha de valorar positivamente que el FMI también se haya vuelto más sensible en los últimos tiempos a los problemas de desarrollo, si bien el condicionamiento recíproco en su concierto con el Banco Mundial se puede considerar de manera crítica. En cualquier caso, existen tensiones en la división del trabajo entre el FMI y el Banco Mundial. Otro problema aún por resolver es la adhesión de la URSS y otros países del CAME al sistema de Bretton-Woods y al GATT.

Al mismo tiempo aumenta la importancia de las instituciones regionales, tanto de bancos regionales de desarrollo como de organizaciones regionales vinculadas a la ONU; parecen presentarse además nuevas posibilidades para iniciativas regionales. En este sentido, la comisión europea de preparación de la cumbre del medio ambiente de 1989 en La Haya se preguntó si a los órganos multilaterales no se les habría de otorgar funciones de control más amplias en el área del medio ambiente. En este contexto, el papel que ya en la actualidad desempeña la Comisión de la CEE podría considerarse ejemplar de cara a instituciones regionales y multilaterales en los años noventa: presta ayuda en la elaboración de reglamentos normativos nacionales e internacionales, actúa como catalizador para medidas conjuntas y ejecuta las decisiones políticas del Consejo de Ministros.

La mala gestión económica de las burocratas centralistas ha llevado a una nueva definición del área de actividades de los organismos estatales. Se requiere una división adecuada del trabajo entre las instancias públicas y privadas, siendo los gobiernos y los parlamentos los que deberían establecer las reglas, mientras que la puesta en práctica y la subsiguiente ejecución debería quedar en manos de empresas privadas y organizaciones no estatales—por lo general más eficientes—y a las que por ello habría de consultarse de antemano.

### *Una cumbre Norte-Sur para impulsar las negociaciones*

Hasta entrados los años ochenta, el binomio "Norte-Sur" se refería sobre todo a las relaciones económicas entre los países en desarrollo y los de la OCDE, limitándose los correspondientes problemas, por regla general, a estos dos grupos. Por aquel entonces, la URSS se negaba a asumir responsabilidades en dicho ámbito. Entretanto, toda la Europa del Este se encuentra en un proceso de cambios políticos. El nuevo papel que estos países desempeñarán en la comunidad de naciones suscita también la pregunta relativa a su participación y responsabilidad en los asuntos Norte-Sur. El clima político internacional ha ofrecido, por tanto, perspectivas para un diálogo Norte-Sur liberado de ideologías y para una nueva fase de reflexión sobre los mecanismos apropiados para un nuevo diálogo que debería desembocar en una acción concertada. Posiblemente se planteen también posibilidades para nuevas iniciativas y planteamientos innovadores a fin de entablar el diálogo de una manera más objetiva y desapasionada en el marco de las instituciones existentes y en órganos aceptables para todos los protagonistas.

Con el reconocimiento del carácter general de los problemas ambientales, los países industrializados de Occidente abrieron brecha en su reunión del G-7 en París. Gracias a la iniciativa de Francia se mantuvieron allí conversaciones oficiosas con altos representantes del "Tercer Mundo". También en el encuentro del Movimiento de los No-Alineados en Belgrado se formuló el objetivo de un diálogo Norte-Sur institucionalizado. Actualmente se está tratando de preparar una cumbre Norte-Sur a través de contactos entre los países del G-7 y los cinco países en desarrollo cuyos representantes acudieron en 1989 a París.

El decepcionante resultado de la cumbre de Cancún muestra el sumo cuidado que exige la preparación de una nueva cumbre. Su función no puede consistir en negociar en detalle temas concretos, sino que los esfuerzos se deberían concentrar en acordar un programa de trabajo internacional y decidir acerca del marco

temporal e institucional para la deliberación de asuntos prácticos. Aparte de los grandes Estados, que siempre han de jugar un papel importante, será necesario ponerse de acuerdo respecto a los países que están interesados en determinadas partes del programa de trabajo, así como de la manera de lograr una represen-

tación regional y de la forma de exponer las posiciones de negociación. Una cumbre podría ser, por tanto, el punto de partida de negociaciones más concretas, a condición de que todas las partes estén dispuestas a establecer compromisos en cuanto al contenido y de que se eviten confrontaciones.

CeDInCI

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1991  
en Gráfica Integral, Albarracín 1955/57 - Cap. Fed.



**NUEVAS PERSPECTIVAS  
PARA EL DIÁLOGO  
NORTE-SUR**

CeDInCI

***La Ciudad Futura***

B. Mitre 2094 - 1º (1039) Tel. 953-1581

**FUNDACIÓN FRIEDRICH EBERT**

1994 - 2004 - 2014 - 2024